

CRISTINA MESA



Cristina Mesa, trabaja como abogada especializada en Derecho de Propiedad Intelectual e Industrial en el bufete Garrigues. Licenciada en Derecho y Ciencias Políticas, también estudió arte y diseño, especializándose en ilustración infantil. Cuenta con numerosas publicaciones jurídicas pero la niña de sus ojos es *La Princesita Bombera*, cuento que escribió e ilustró con apenas 20 años y que aún le da alguna que otra alegría desde los estantes de la sección de literatura infantil.



NO HAY SALIDA

I

Caía por mi nariz hacia mis piernas, formando pequeños riachuelos de vergüenza y miedo aún más dolorosos y difíciles de borrar que las heridas de las que manaban. El repiqueteo de mi propia sangre contra el suelo me hipnotizaba como un grifo mal ajustado en una noche de insomnio. Gota tras gota. Tic. Tic. Tic. Casi metálico. Unos segundos de silencio y cuando parece que va a parar, un nuevo tic que tiene el extraño efecto balsámico de lo esperado. Tic. En cierto modo, estaba regodeándome en una escena que imaginaba grotesca, dibujando espirales ya granates con mi dedo índice y pensando que era demasiado joven y demasiado lista para ser la víctima.

Todo en su sitio. Nuestra nevera americana, la impoluta encimera de cuarzo y sobre ella, el robot de cocina que nunca usamos pero que predicaba a los cuatro vientos que la vida nos trataba bien. La verdad es que el cacharro parecía muy útil ¡Tan brillante! Mi madre me lo regaló con la ilusión de que me ayudaría a comer de forma sana, pero nunca aprendí a cocinar. De repente me entró un miedo atroz a no tener tiempo para hacerlo. No era la primera vez. No sería la última.

Mientras removía el café imaginaba mi final en los sitios más absurdos de la casa. Solté una carcajada al recordar la canción de los Punsetes y el gesto fue como un nuevo golpe en mi pobre nariz. Intenté contener el dolor apretándola con las dos manos. Un enorme coágulo negruzco se escurrió entre mis dedos y fue a parar a mi taza de café.

La sintonía del Canal 24 horas me sacó de mi ensimismamiento. Presuntamente, un anciano de 90 años se había suicidado en un pueblo de Alicante tras asfixiar a su mujer, de 86. La presentadora estaba insultantemente bronceada. Un tono de piel equivocado para ser la voz de la crónica negra estival. Intenté pensar en los años de sufrimiento de esa anciana e imaginar qué podía haber hecho, qué podía haber dicho. Pensé también en lo sorprendentemente torpes que se vuelven los verdugos a la hora de agredirse a sí mismos y me alegré de que el abuelo, casi centenario, hubiese tenido la decencia de no errar el tiro. Fue precisamente el hecho de que no hubiese fallado el que me hizo dudar. La imagen de un último acto de amor para evitar una muerte lenta y dolorosa se me antojaba más llevadera. Tenía mi propia versión de los hechos, y la voz de la presentadora, ya irrelevante, se fue desvaneciendo poco a poco hasta desaparecer.

Al apurar el café, noté el sabor dulzón y familiar de mi propia sangre descendiendo viscosa por mis entrañas.

II

Te hacía ilusión celebrar tu cumpleaños en los Picos de Europa, a cielo abierto, coincidiendo con la tercera superluna del verano, más grande y más brillante. La escena resultó tan artificial y fría como los actores que intentaban, sin éxito, darle vida. Nos sentamos en pareja pero volví a cenar sola. No fui la excepción. Los demás comensales sólo tenían ojos para la manzana que ocultaban en sus regazos; primero disimuladamente, y en los postres, como un cubierto más. La red como último recurso para escapar de esas otras redes.

No hubo disculpa. Me quedé sin esa compensación culpable de la que hablan los manuales de psicología barata. Alguna mirada furtiva a la escayola que cubría mi maltrecha nariz y un movimiento casi imperceptible de negación y hastío que esquivaba deliberadamente mi mirada inquisidora. Poco más. Los demás comensales sentían cierta curiosidad hacia mi nariz, imaginando que era el paso previo a una obra de encargo. Me picaba horrores.

III

El guía repetía cansino las recomendaciones de seguridad a nuestra reducida expedición: Una pareja de suecos que juntos parecían tener mil años pero en una forma física envidiable. Un matrimonio, pasados los cuarenta, con una niña de unos doce o trece años. Tú. Yo. En esa calma, la niña era un paréntesis de tormenta. «¿Qué te ha pasado en la nariz?», me preguntó. «La metí donde no debía», contesté insolente. Ella arqueó las cejas, por un momento azorada. Sentí vergüenza mientras se alejaba. No, no seríamos amigas.

Cuando el guía nos preguntó si teníamos vértigo me encogí de hombros. A veces el estrés me causaba mareos, pero no era exactamente vértigo. La sensación era de caída, como si alguien te empujase hacia atrás. Nunca me hicieron caer, aunque su solo recuerdo me dejaba sin aire. Insistió. Si tenía vértigo no debía hacer el recorrido. Le dije que no. A veces me mareaba, pero me sentía con fuerzas para recorrer los 12 kilómetros que separaban Caín de Poncebos. No se quedó del todo tranquilo, pero me dejó seguir con el grupo, aconsejándome que caminase por la parte interior del sendero, junto a la niña. Ella arrugó la nariz. La idea no la entusiasmaba.

Me miraste con alivio. Te alegraste de que mis mareos imaginarios no acabaran aguándote la excursión. Me alegré de poder continuarla contigo e iniciamos la marcha. Dicen que la ruta del Cares es una de las más impresionantes del mundo. No sabría decirte. Para mí la ruta se quedaba en tu espalda, en los movimientos rítmicos de tu respiración. Avanzábamos bajo un sol impropio de septiembre. Sentía el sudor deslizarse por mi frente hasta la boca. Recordé el sabor cálido y dulce de la sangre entrando a través de mis labios. El sonido de mi nariz al quebrarse. El suelo de nuestra cocina. Me vi a mí misma, pasados ya cien años, en ese mismo suelo, hasta que te giraste reclamando una fotografía.

IV

Noté tu pecho blando, sorprendido ante el golpe seco que te arrojó ladera abajo por el acantilado. Fue sólo una fracción de segundo, suficiente para que tu incredulidad quedase grabada en mi retina para siempre. Feliz cumpleaños, mi vida.

V

Me senté despacito al borde del precipicio. Me acordé de la pareja de ancianos y me di cuenta de que nunca te quise tanto. No tenía la más mínima intención de seguirte ladera abajo. Respiré aliviada ante la certeza indiscutible de que nunca volverías a hacerme daño. Era una sensación extraña. Sin culpa. Sin vértigo. Una suerte de justicia bíblica ante el temor de que la humana terminase por no inclinarse hacia el lado acertado.

VI

«¡Lo ha empujado mamá!» «¡Lo ha empujado!». Su voz sonaba lejana, hiperbárica. Todos se giraron al unísono, sorprendidos, intentando recomponer tu figura en el espacio que llenabas hacía solo un segundo, ahora vacío. El guía fue el único que se atrevió a asomarse al precipicio en un intento vano de encontrarte. Me levanté despacio y el grupo corrió a apelotonarse contra la pared de piedra vertical. Podía sentir sus miradas de clase media bovina en mi espalda. Hubo un tiempo en el que yo también miraba así. Hace un año, o quizá ayer.

De pronto me escuché murmurar, la brisa acariciándome el pelo desde el acantilado: «Mi hermano mayor... Lo veo de pie en la cocina de casa explicándonos que la palabra estrés también se aplica a los materiales. Puedo escuchar su voz pese a hacer tanto que no la escucho. Su voz... La voz de mi hermano. Recuerdo que nos decía que el estrés tenía que ver con la deformación de un material, y que había un umbral a partir del cual el estrés deformaba el material ya para siempre. Simplemente, nunca volvía a ser el mismo. Mi abuela lo escuchaba emocionada... Mi abuela... Las nudosas manos de mi abuela... Recorridas por vetas de tormento. Hubo un

tiempo en La Mancha en el que Dios apretaba las tuercas a sus criaturas hasta llegar a ese umbral...».

Sentí cómo la excursión se apartaba de mí. Es difícil describir el estupor de los adocenados. La niña, en cambio, permaneció a mi lado. Volví a sentarme sobre el acantilado. Ya sin rastro de vértigo me recreaba en las paredes afiladas que rompían la montaña. A mis pies descansaba una brutal naturaleza.

Sentía su respiración entrecortada a mi espalda. Sabía que la niña aguardaba una respuesta. Su silencio urgía la respuesta. «Es tan solo que hoy me acordé de ellos», me escuché decir. La sonreí con los ojos desbordados y busqué en su mirada el refugio que sólo puede ofrecer la inocencia. Luego volvió con su madre, que la apremiaba. Se volvió una última vez. Su mirada era otra.
